

## La alegría del Evangelio

Cuando en los últimos días de noviembre pasado leía: «la alegría del Evangelio llena el corazón y la vida entera de los que se encuentran con Jesús. Quienes se dejan salvar por Él son liberados del pecado, de la tristeza, del vacío interior, del aislamiento. Con Jesucristo siempre nace y renace la alegría» (*Evangelii gaudium* 1), vino a mi mente el recuerdo de nuestro añorado director de *Ecclesia. Revista de cultura católica*, el P. Antonio Izquierdo García, LC. Para quienes lo conocimos, no solo sus escritos y su trabajo editorial, sino su misma persona era un testimonio transparente de la alegría que el Evangelio de Cristo provocaba en su corazón. En su momento, esta revista brindará el homenaje merecido a quien colaboró en ella durante veinticinco años, desde los inicios de la publicación, en 1987, hasta su muerte el 30 de diciembre de 2012.

El Papa Francisco acogió el legado que los obispos participantes en la XIII Asamblea General Ordinaria del Sínodo de los Obispos sobre el tema *La nueva evangelización para la transmisión de la fe cristiana* habían entregado a su predecesor, Benedicto XVI. Tras breve y profunda reflexión y discernimiento ofreció a toda la Iglesia «la alegría del Evangelio».

El documento, por su contenido y su estilo, es una exhortación eminentemente pastoral que pretende «indicar caminos para la marcha de la Iglesia en los próximos años» (EG 1). El Papa, con su personalidad nada conservadora, pero muy tradicional, nos presenta una Iglesia Misionera, y nos recuerda que «todos somos llamados a esa nueva “salida” misionera» (EG 20).

Sugiero una personal clave de lectura del documento, articulada en tres momentos. El Papa invita a toda la Iglesia a una «conversión pastoral y misionera» (EG 25) que, (1) superando las tentaciones propias de la evangelización, (2) anuncie el kerigma de siempre, (3) transformando toda la realidad social.

### *Tentaciones de los evangelizadores* (cf. EG 76-109)

Las tentaciones de los evangelizadores de hoy no son diversas de aquellas que vivieron los apóstoles de los primeros años de la Iglesia y las que

también experimentaron los grandes misioneros de siglos más recientes. «No obstante, como hijos de esta época, todos nos vemos afectados de algún modo por la cultura globalizada actual que, sin dejar de mostrarnos valores y nuevas posibilidades, también puede limitarnos, condicionarnos e incluso enfermarnos» (EG 77).

Es fácil caer en un *pesimismo estéril*, al escuchar y verificar diariamente las «miserias de nuestra época» (EG 84) y al descubrirlas, de un modo o de otro, enraizadas en «las propias fragilidades» (EG 85). No hay que negar la presencia de tantas malas semillas, no sembradas por el Buen Sembrador, que han dado fruto malo y, quizá, en sobreabundancia. Si nos fijamos demasiado en la cizaña, fácilmente desearemos arrancarla antes de tiempo. Debemos mirar con más optimismo al buen grano que surge, crece y permanece en medio de la mala hierba. Y si nos fijamos en el agua que llena las tinajas sin llegar a degustar el nuevo vino nunca alcanzaremos la certeza del poder y providencia divinos. «El mayor realismo no debe significar menor confianza en el Espíritu ni menor generosidad» (EG 84).

La confianza es la gran virtud del evangelizador. Conoce a Dios, sabe en quién ha creído. Ha experimentado su amor y por amor quiere darlo a conocer. Ama a los demás, y por ello quiere participarles la experiencia de tal amor. A todo esto hay que añadir la confianza. Una confianza que, siendo divina, se encarna en lo humano, en uno mismo. «Nadie puede emprender una lucha si de antemano no confía plenamente en el triunfo» (EG 85).

Para el apóstol, lo difícil no es confiar en Dios, sino confiar en sí mismo, seguro de que es Dios quien obra a través del evangelizador. Y no es fácil confiar en uno mismo, aunque reconozcamos la presencia y acción divinas, porque quien evangeliza vive rodeado de cizaña, que ha de respetar. Pero también debe recordar que la cizaña, como la oveja perdida, es su campo de acción, el objetivo de su acción evangelizadora. Y no es fácil, porque confiar en Dios no es aligerar el trabajo, sino recibir y acoger su cruz redentora, camino de resurrección. «El triunfo cristiano es siempre una cruz, pero una cruz que al mismo tiempo es bandera de victoria» (EG 85).

La *mundanidad espiritual* podría parecer la tentación opuesta pues no se frena ante las adversidades y dificultades. Por el contrario, pareciera que es la persona activa quien más fácilmente pudiera dejarse llevar por el atractivo de esta tentación. En el fondo, sus causas son similares a la primera desviación evangelizadora.

El Papa define esta tentación como «buscar, en lugar de la gloria del Señor, la gloria humana y el bienestar personal» (EG 93). Ciertamente no se hunde en un comportamiento pesimista, por el contrario obra, actúa,

sale de sí mismo. ¿Con qué motivación y espíritu? Aquí radica la tentación. Si se llega al pesimismo cuando el apóstol se repliega ante las dificultades y la cruz que implica toda acción evangelizadora, la mundanidad espiritual aparece cuando se actúa y se vive el apostolado como «una determinada experiencia o una serie de razonamientos y conocimientos que supuestamente reconfortan e iluminan» (EG 94). Sentirse evangelizador o apóstol es lo que subyace también «en quienes en el fondo sólo confían en sus propias fuerzas y se sienten superiores a otros por cumplir determinadas normas o por ser inquebrantablemente fieles a cierto estilo católico» (EG 94).

No es fácil tomar conciencia de esta tentación, pues en el fondo la doctrina que se profesa y los comportamientos son los propios del buen cristiano, de quien es generoso y dedica tiempo para los demás y para Dios. Ya el Papa lo advirtió a los nuevos sacerdotes el domingo del Buen Pastor: «ejerzan con alegría y caridad sincera la obra sacerdotal de Cristo, con el único anhelo de gustar a Dios y a no a ustedes mismos. Sean pastores, no funcionarios. Sean mediadores, no intermediarios» (Homilía del 21 de abril de 2013).

El Papa Francisco presenta otra tentación que, aunque siempre presente en la Iglesia, es muy propia y singular de la actual etapa cultural en la que «las redes y los instrumentos de la comunicación humana han alcanzado desarrollos inauditos» (EG 87).

La tentación no son estos instrumentos, sino la insensibilidad y falta de ternura frente a los demás, que dichos medios pueden generar.

Hay que aprovechar la capacidad de comunicación que ofrecen estos medios. A la vez, es necesario superar la «marea algo caótica» (EG 87) de información y relaciones, que lleva a muchos al «aislamiento» (EG 89), a «fugas individualistas» (EG 90), a «escapar de los demás hacia la privacidad cómoda o hacia el reducido círculo de los más íntimos» (EG 88), en otras palabras a «escapar de una relación personal y comprometida» (EG 91).

Por el contrario, «el Evangelio nos invita siempre a correr el riesgo del encuentro con el rostro del otro, con su presencia física que interpela, con su dolor, con sus reclamos, con su alegría que contagia en un constante cuerpo a cuerpo» (EG 88). La evangelización debe suscitar la «mística de vivir juntos, de mezclarnos, de encontrarnos, de tomarnos de los brazos, de apoyarnos» (EG 87); debe promover «una fraternidad *mística*, contemplativa, [...] que sabe abrir el corazón al amor divino para buscar la felicidad de los demás como la busca el Padre bueno» (EG 92).

Entresaco una tentación más de las enunciadas por el Papa, *la guerra entre nosotros*. «Dentro del pueblo de Dios y en las distintas comunidades, ¡cuántas guerras! En el barrio, en el puesto de trabajo, ¡cuántas guerras por envidia y celos, también entre los cristianos!» (EG 98). El cotilleo y la crítica son una realidad y no podemos esconderla.

«¡Estamos en la misma barca y vamos hacia el mismo puerto!» (EG 99), nos recuerda el Papa. Y nos ofrece, como el Maestro, el mandamiento del amor: «¡Qué bueno es tener esta ley! ¡Cuánto bien nos hace amarnos los unos a los otros en contra de todo! Sí, ¡en contra de todo!» (EG 101). Y nos exhorta con el apóstol: «no te dejes vencer por el mal, antes bien vence el mal con el bien» (Rm 12,21).

### *Anuncio del kerigma* (cf. EG 160-175)

El contenido de la evangelización se centra en el *kerigma* de siempre que el Papa define como «el fuego del Espíritu que se dona en forma de lenguas y nos hace creer en Jesucristo, que con su muerte y resurrección nos revela y nos comunica la misericordia infinita del Padre» (EG 164). Este *kerigma* «es el primero en un sentido cualitativo, porque es el anuncio *principal*, ese que siempre hay que volver a escuchar de diversas maneras y ese que siempre hay que volver a anunciar de una forma o de otra» (EG 164).

Al primer paso evangelizador, ofrecido por el *kerigma*, sigue el proceso *mistagógico*, que implica «la necesaria progresividad de la experiencia formativa donde interviene toda la comunidad y una renovada valoración de los signos litúrgicos de la iniciación cristiana» (EG 166). En este sentido es fundamental no reducir la vida cristiana a un conjunto de valores morales universales, al estilo de los cristianos anónimos. «La evangelización no debería consentir que alguien se conforme con poco, sino que pueda decir plenamente: “Ya no vivo yo, sino que Cristo vive en mí” (Ga 2,20)» (EG 160).

En los momentos actuales, se hace también indispensable prestar «una especial atención al “camino de la belleza” (*via pulchritudinis*)» (EG 167). Esto significa superar un moralismo casuístico, y mostrar que la fe en Cristo «no es sólo algo verdadero y justo, sino también bello, capaz de colmar la vida de un nuevo resplandor y de un gozo profundo, aun en medio de las pruebas» (EG 167).

Para todo este proceso, el Papa subraya dos medios. Si el anuncio del *kerigma* es el centro de la evangelización, fácilmente se deduce que toda acción evangelizadora debe girar «en torno a la Palabra de Dios» (cf. EG

174-175). «Toda la evangelización está fundada sobre ella, escuchada, meditada, vivida, celebrada y testimoniada. Por lo tanto, hace falta formarse continuamente en la escucha de la Palabra» (EG 174).

Igualmente «el acompañamiento personal de los procesos de crecimiento» (cf. EG 169-173) se hace necesario en una auténtica evangelización. «El acompañamiento espiritual debe llevar más y más a Dios» (EG 170); ayuda a «reconocer la situación de cada sujeto ante Dios» (EG 172), a «alcanzar la verdadera libertad» (EG 170), a una «docilidad al Espíritu» (EG 171), y «lleva adelante en el ámbito del servicio a la misión evangelizadora» (EG 173).

### *Discernimiento de la realidad social* (cf. EG 217-237)

«Evangelizar es hacer presente en el mundo el Reino de Dios» (EG 176). Con esta exhortación el Papa, además de dar respuesta a las «nuevas formas de pobreza» (EG 210), propone criterios de discernimiento con el fin de ayudar a la Iglesia de siempre en su misión de evangelizar la realidad social cambiante, y de superar «el riesgo de desfigurar el sentido auténtico e integral que tiene la misión evangelizadora» (EG 176).

*El tiempo es superior al espacio* (cf. EG 222-225). «Este principio permite trabajar a largo plazo, sin obsesionarse por resultados inmediatos» (EG 223). En realidad este principio es la consecuencia, o más bien fundamento, de la necesidad de confianza que requiere el evangelizador, «requiere tener presente el horizonte, asumir los procesos posibles y el camino largo» (EG 225) de toda acción evangelizadora.

*La unidad prevalece sobre el conflicto* (cf. EG 226-230). Los conflictos son inevitables. ¿Cómo afrontarlos? El camino no es ignorarlos. Tampoco participar en ellos buscando una victoria personal y momentánea. El camino para superar los conflictos consiste en «aceptar, sufrir el conflicto, resolverlo y transformarlo en el eslabón de un nuevo proceso» (EG 227). Salir del conflicto abriéndose a la vivencia de «una comunión en las diferencias» (EG 228).

*La realidad es más importante que la idea* (cf. EG 231-233). La teoría sin la referencia y respeto de la realidad se convierte en ideología. «El criterio de la realidad, de una Palabra ya encarnada y siempre buscando encarnarse, es esencial en la evangelización» (EG 233). Es la tentación siempre presente en el ser humano, y también en el evangelizador, de lamentarse del pasado e idealizar el futuro, olvidando que la acción de Dios actúa siempre en el presente.

*El todo es superior a la parte* (cf. EG 234-237). No es fácil entender este criterio. El todo y la parte no se han de considerar de modo cuantitativo, pues si es verdad que el todo es más que la parte, también es cierto que el todo «es más que la mera suma de ellas» (EG 235). Igualmente dar preferencia al todo, no significa ocultamiento de la parte, sino realización del todo en el todo de la parte. «Este principio nos habla de la totalidad o integridad del Evangelio» (EG 237). Al mismo tiempo, «no termina de ser Buena Noticia hasta que no es anunciado a todos, hasta que no fecunda y sana todas las dimensiones del hombre y hasta que no integra a todos los hombres en la mesa del Reino» (EG 237).

Al inicio recordamos que «con Jesucristo siempre nace y renace la alegría» (EG 1). Que Él sea nuestra alegría; transmitamos el gozo de la experiencia de su Amor; y, en comunión con Él y con los demás, caminemos alegres en medio de las vicisitudes del mundo de hoy.

**Ecclesia\***

\* Esta editorial ha sido redactada por el P. Juan Carlos Ortega L.C., encargado de la secretaría de Nuevas Formas de Vida Consagrada del Secretariado de la Comisión para la Vida Consagrada de la Conferencia Episcopal Española.